**1**

I:

“Todas las cosas que se decían sobre él estaban siempre en contradicción entre ellas mismas, de manera que era imposible saber cuáles eran ciertas y cuáles falsas y cuánto había en las ciertas de exageración y fantasía. Era uno de esos hombres incapaces de diferenciar la realidad de la ficción. […] ¿Quién había sido en verdad este campeón del Imperio británico y las ambiciones de Leopoldo II? Roger estaba seguro de que el misterio no se develaría nunca y que su vida seguiría siempre oculta detrás de una telaraña de invenciones. ¿Cuál era su verdadero nombre? El de Henry Morton Stanley lo había tomado del comerciante de New Orleans que, en años oscuros de su juventud, fue generoso con él y acaso lo adoptó. Se decía que su nombre real era John Rowlands, pero a nadie le constaba. Como tampoco que hubiera nacido en gales […]”.

Mario Vargas Llosa, *El sueño del celta*

**2**

“Pudiera ser, también, que Henry Morton Stanley no haya existido jamás, salvo en las enciclopedias y en discursos ebrios de progreso.”

José Ovejero, *Biografía del explorador*

**3**

El hombre presintió el peso del látigo sobre su piel. Los músculos se tensaron, soportó su peso contenido y se esforzó por liberarse. Aunque lloviznaba, sentía la garganta seca, la lengua paladeaba saliva y esperó que el chicote no continuara restallando.

* ¿En qué dirección está el lago Nyanza? –gritó Henry Morton Stanley- tradúcelo.

El intérprete, rasgos de ébano y lengua bífida, habló en burundi.

El negro vociferó.

* Dice que es tierra de dioses–repitió el traductor- que ustedes no pueden acercarse.

Stanley reía; ante el silencio, autorizó.

El africano sintió el peso de la cuerda sobre su piel, los azotes se crisparon hasta lastimar la epidermis y los gestos se endurecieron en un lastimero aullido.

* Dile que lo preguntaré por última vez –aclaró Stanley con la mano sobre su machete -¿dónde está Emin Pasha?

El negro, atado a un árbol y con la espalda flagelada, calló. Una carcajada se entrometió, los gendarmes sonrieron y un explorador desaprobó los métodos, en silencio.

Stanley se acercó a una mujer joven de rasgos estilizados, con la espalda repleta de miedo y tatuajes aristocráticos; escuchó sus gritos y vio cómo trataba de aferrarse a su madre, que lloraba en el suelo. La fogata serpenteaba sobre los rostros de los africanos, sobre la nariz extendida, los labios congestionados, los ojos color pánico mientras el negro se sacudía, sin soltar el árbol. Stanley arrastró a la esposa del cacique, desenvainó el machete con el que zanjaba selvas y lo blandió.

La mujer observó su brazo, contrahecho. Una punzada ardiente le atravesó el brazo y un par de lágrimas le rodearon la nariz oscura, mientras una gota mayúscula brotaba del canto afilado. Berreaba, conteniendo la sangre que escurría sus senos desnudos y una falda en hilachas. Los conquistadores miraron estupefactos a Stanley, sosteniendo el brazo de maniquí como trofeo, y el negro se convulsionó con la espalda deshecha.

Los gritos se desvanecieron en aullidos de antropoides; la selva se quedó en silencio.

* Pregúntale, cómo llegar –dijo Henry Morton Stanley, inquieto; no recordaba la época en que lo llamaban John Rowlands.

**4**

La hoja blanca, con el sello imperial en la extrema izquierda y un membrete hospitalario, se llenaba de datos conexos con la surcada caligrafía de tiempos remotos.

- ¿Nombre?

- John Rowlands.

- ¿Fecha de nacimiento?

- 23 de enero de 1841.

- ¿Lugar de nacimiento?

- Denbigh.

- ¿Gales?

- ¿Conoce otro Denbigh?

La mujer, de edad avanzada y mirada severa, arqueó la pluma con furia; escribió mal el nombre del poblado.

- ¿Nombre de la madre?

- Elizabeth Parry.

- ¿Edad?

- 19 años.

La funcionaria, con cofia blanca, observaba a la madre primeriza, las manos inquietas, la mirada evasiva.

-¿Padre?

- Murió hace unas semanas.

- ¿Nombre del padre?

- John Rowlands.

La madre dudó. Meditó si era John, Jack o Julian Rowlands. Sus padres le decían Jack, su hermana menor le decía Johnny, ella le decía Row, su apellido sonaba a desbandada de pájaros, a tierras deshabitadas.

* Pudo haber sido Henry Sawyer, el vecino de ojos azules.

La supervisora vio la cuna y se acercó. Observó los rasgos de roedor cubiertos con una tela azul, los ojos negros.

* El primer mes creía que había sido el subdirector Clark –monologaba la madre sin ser escuchada- sus manos ágiles lo introdujeron en mi cuarto. Después revisé un calendario; eso ocurrió antes. El tercer mes creí que era hijo de Gabriel. Las fechas coincidían, pero el instinto femenino, usted me entiende, me dijo que no, de todos modos, cuando nació revisé que no fuera patizambo.

La enfermera no podía verle las piernas, los pies permanecían ocultos en el entramado de la tela; se aflojó el cuello y buscó la ventana, que permanecía abierta, con barrotes.

* Cuando murió Rowlands supe que él era el padre, aunque el último mes pensé que era hijo de Michael McCann, el irlandés, con sus labios de luchador, ojos de luchador, puños de luchador. Pero recordé que él llegó en época de sequía.

La secretaria observaba los rasgos de roedor, los ojos negros, la boca entreabierta que asemejaba una sonrisa, las piernas ocultas, zambas, tomó el folio y revisó que no quedara ninguna forma por llenar; al final anotó, con letra estilizada, “bastardo”.

**5**

Elizabeth, se llamaba. Tenía 18 años, el mentón afilado y comezón en la ingle derecha. Caminaba rápido, con las dos manos sobre las viandas del vestido y la cara preñada de enojo. Recordaba la conversación con su padre.

* Señorita, súbase a cambiar –escuchó, firme, cuando abría la puerta. Se detuvo en seco y despreció las preguntas constantes hasta que escuchó- ¿Pensabas salir en ropa interior?
* No son calzones –subrayó la palabra, segura de que a él le incomodaría escucharla- es un vestido, no se ven las piernas.
* ¿Vestido? Casi se le ve la rodilla. Eso es ropa interior, como la de su tía.

Elizabeth lo vio con detenimiento y soltó la carcajada. La madre caminó hacia la cocina, lo más rápido que pudo, y los escuchó detrás de la puerta.

* Se me cambia en este momento –gritó Moses Parry- en esta casa, las mujeres no se visten como putas.

Elizabeth escuchó la palabra como sentencia y abrió la puerta de la casa. Las llaves en la bolsa, 20 chelines en cambio y la carta que le escribió Julian.

Elizabeth caminaba rápido, lo más rápido que se lo permitía un vientre que mutaba por día. Sentía las lágrimas que caían sobre su rostro. Iba de regreso a casa, para que su padre la abrazara; su madre lloraría, como costumbre. De pronto, escuchó un grito que se colaba y vio las espuelas de un caballo que la esquivaban. Se limpió la cara destilada y dudó si regresar a casa o visitar a Henry Sawyer.

**6**

El reportero observó cómo Henry bebía un trago largo y supo que tenía una historia.

* Su madre se llamaba Elizabeth.
* Eso dicen.
* Nació en Gales y vivió algunos años en Denbigh. Cuéntenos de esa época.
* Era muy chico, no hay mucho que contar.
* Antes del orfelinato, ¿cómo era su vida?

Henry recordó diferentes pasados, para él todos reales.

**7**

John corrió hacia el cobertizo, olvidó las ubres lactantes y abrió la puerta con fiereza, con las dos manos. Escuchó el llanto embestido de la madre y la vio tendida en el suelo. John se detuvo en la puerta y sintió el frío de una lejana tarde de invierno, cuando la escuchó sollozar por vez primera, recostada sobre la cama, con una foto adherida al pecho y los zapatos puestos.

Elizabeth abrió los ojos, empañados en lágrimas, y observó a su hijo recargado en la puerta, con un carrito de madera en la mano y, sin poder gesticular una frase, le pidió que se acercara con un movimiento de mano que a John lo mantuvo en la cornisa de la puerta, asustado. La madre vio los rasgos de su hijo, el pelo lacio que caía sobre la frente y se aferró a la imagen que tenía del único hombre que amó. Lloró sin recelo, sujeta la mano a una carta imperial, y esperó el cuerpo una semana, hasta que un lunes a mediodía abrió el baúl de madera, sacó un pantalón café y una camisa blanca, que es como ella lo recordaba, la extendió sobre la cama e intentó rezar.

Su madre continúo saludando cada mañana al retrato, recostado en un espacio de la cama que, ella, jamás invadiría; otros hombres, sí.

John observaba el cuchillo en el piso y caminaba lento hacia ella, la abrazó y sintió el pecho que se sacudía bajo su mano, un par de lágrimas se escurrían entre la ropa; escuchaba los sollozos lejanos, cual oleaje.

**8**

Las dos manos rociaban, alternadas, leche en una cubeta. Una hilera de vapor ascendía entre la noche y John cantó una canción, mientras su madre le gritaba algo, ilegible.

**9**

Henry Morton Stanley observó el vaso esmerilado permaneció ensimismado.

* ¿Algo que recuerde? –lo interrumpió el reportero del New York Herald.
* No mucho –respondió Henry, escueto -eso fue hace muchos año, hijo.
* Hablemos de su envestidura. Es un gran honor para un británico como usted, pero algunos no desean armarlo caballero.
* Son pocos los que no aprueban la noción. La mayoría conoce mis logros, los viajes por África –dijo Henry- recuerde que fui el primer occidental en cruzar el continente, en encontrar el afluente del río Congo.
* Sí, pero –trató de interrumpir el discurso reiterado.
* Cuando llegué era un pueblo de salvajes.
* Pero no quieren que pertenezca a una orden por su pasado, por ser bastardo.

Henry escuchó la palabra, con odio, y recordó, en tropel, ocasiones en las que le dijeron esa palabra, decisiva.

**10**

La madre señalaba la puerta, con el dedo indicativo, y le echó en cara los años de infelicidad que le había acarreado. John recordaba sus gemidos, los diferentes hombres en la puerta y atisbaba la palabra que lo condenaría al exilio. Cuatro letras que la madre convirtió en una respuesta beligerante.

* Cállate bastardo –dijo, con el llanto contenido.

John escuchó el llanto de su madre, los estertores que se desplegaban por años contenidos, y resonaron en su cabeza nombres sin sentido que traspasaban la noche con un subdirector escolar hasta la batalla de un irlandés por contener gemidos.

* El hombre del cuadro no es tu padre. Ningún hombre quiso serlo.

John sintió como si lo despertaran.

* Debería haberte abortado.

**11**

Cuando le preguntaron su nombre, respondió, con naturalidad, John.

Cuando le preguntaron su apellido, respondió, con naturalidad, que era de Gales.

Cuando le preguntaron su edad, respondió, con naturalidad, que tenía trece años.

Cuando le preguntaron sobre sus padres, no respondió.

Cuando le preguntaron por su padre, soltó golpes.

Cuando le preguntaron por su madre, despreció a las mujeres y se excitó.

**12**

El reportero guardó sus apuntes. Supo que había encontrado la veta de John Rowlands.

* Por su bastardía, en el parlamento aseguran que no debería ser caballero.
* No conocí a mi padre, pero no soy un bastardo –explicó Henry, como si se excusara.
* Pero, en sus papeles dice.
* Hijo, si quieres que la plática continúe, tienes que cambiar tu tono –dijo Henry, con el bastón en la mano.
* Está bien, háblame de cómo llegó a América.

**13**

La primera vez que escuchó el nombre se dio cuenta que algo en él le atraía. La sonoridad, tal vez la idea de aristocracia inglesa, tal vez que era un nombre demasiado americano. Cuando decidió tomar prestado su nombre, decidió que sólo sería Henry Stanley. El segundo nombre, Hope, lo sintió demasiado católico y lo transformó por Morton.

La única ocasión en que le preguntaron si tenía un parentesco lo negó, el hombre seguía vivo y lo podía desconocer.

**14**

John caminaba por el río, sentía los pies húmedos y escuchaba el oleaje en eco, con la rutinaria satisfacción de quien ha escuchado más veces el río que voces. Esa vez no escuchaba el agua, pensaba en los años perdidos, en los días que se esfumaron. Sintió una piedra que le permitiría elevarse y observó la granja por última vez.

Mary no estaba. John se sintió huérfano y se dio cuenta que necesitaba un nombre.

**15**

Henry Parker esperaba, plantado frente a la puerta de madera con el número 96, con el puño rígido, rozando el pantalón, con la mueca de tocar la puerta como reflejo. Esperó bajo un farol de luz blanca, con el abrigo café deshilado. Se escuchó el cerrojo que giraba, la llave pegada a la perilla y un hombre de dorso prominente abrió la puerta.

* ¿Henry Morton Stanley? –preguntó Henry Parker.
* Sí –dijo el hombre y sintió cómo un puño le sumía la nariz.

**16**

Sara se aleja llorando, se encierra en su cuarto, llora, ve la foto con sus papás, avienta un par de cosas y patea la puerta, maldice y se sienta enfrente de la computadora, prende el monitor y la luz se refleja sobre el rostro oscurecido por la noche. Dos veces ha dicho que no quiere cenar, dos veces ha tocado su madre la puerta, su padre no ha regresado. Ella sigue revisando su red social, desconecta la laptop y camina hacia su cama. Se sienta sobre el edredón naranja y prende la luz tenue de 60 watts. La computadora titila con conversaciones simultáneas y fotografías. Abre una página. Teclea. Google. La página blanca, con la extraña palabra en letras verdes, rojas y amarillas, se despliega. Teclea, con calma, como si buscara las letras en el teclado. B a s t ardo.

La computadora despliega sitios, vínculos a la palabra bastardo.

1.- Bastardo (hijo) – Wikipedia, la enciclopedia libre

es.wikipedia.org/wiki/Bastardo\_(hijo)

Se llama bastardo al hijo nacido fuera de matrimonio o ilegítimo, de padre desconocido. Los bastardos han sido siempre considerados como inferiores a los…

2.- Bastardo – Wikipedia, la enciclopedia libre

es.wikipedia.org/wiki/Bastardo

El término bastardo o bastarda puede hacer referencia a los siguientes artículs en Wikipedia: Bastardo, dícese del hijo nacido fuera de matrimonio o ilegítimo…

Abre la primera acepción. No lee las primeras palabras, automáticamente entra al sitio electrónico y lee con premura, como si su destino estuviera contenido en la palabra.

“Se llama bastardo al hijo nacido fuera de matrimonio o ilegítimo, de padre desconocido. Los bastardos han sido siempre considerados como inferiores a los hijos legítimos y algunas veces tratados con el mayor rigor. En el Génesis vemos que Sara dijo a Abraham hablando de Ismael…”

Sara relee su nombre. Es un nombre de bastarda, piensa. Sus padres lo sabían, lo hicieron por fastidiarla. Voltea a ver la puerta con odio y empieza otra vez a leer.

“Se llama bastardo al hijo nacido fuera de matrimonio o ilegítimo, de padre desconocido. Los bastardos han sido siempre considerados como inferiores a los hijos legítimos y algunas veces tratados con el mayor rigor. En el Génesis vemos que Sara dijo a Abraham hablando de Ismael: *no ha de ser el bastardo o hijo de la esclava heredero con mi hijo Isaac*. En el Deuteronomio leemos: *tampoco el bastardo podrá entrar en la iglesia del señor hasta la décima generación*.”

Sara ve, con las cejas ceñidas, los siguientes párrafos sin leer, sólo captando nombres que no le significan nada. Pericles, Anaxágoras, cinco mil condenados, leyes de Solón, el placer su única recompensa, romanos, leyes de las doce tablas, Justiniano, cristianismo, Anastasio, abolieron esta legitimación, concubinato.

* Una mierda –dijo, no acostumbrada a decir groserías- no somos romanos.

De pronto se detiene sobre un párrafo. “Atenas, madre de la ciencia y de la ilustración y Roma, cabeza y ornamento del universo, fueron edificadas por dos bastardos, según la leyenda.” Abre un documento de *Word* y anota tres palabras. Regresa a la página blanca con el logo terráqueo de la enciclopedia virtual.

Lee nombres sin sentido. Regresa a google y escribe, al lado de la palabra bastardo, “hija”. Aparece.